

EL PERSONAJE ROMANCÍSTICO DE
LA MALA MADRE EN EL REPERTORIO HERREÑO
MODELOS DE MALAS MADRES:
DESCUIDADA, EGOÍSTA Y CELESTINESCA

JUANA ROSA SUÁREZ ROBAINA

JUAN GALLEGO GÓMEZ

M^a TERESA CÁCERES LORENZO

M^a DE LOS REYES NIETO PÉREZ

ANTONIO MANZANARES PASCUAL

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Nuestro objetivo básico en este segundo artículo sobre la naturaleza del personaje femenino de la mala madre en el corpus herreño, es rastrear ahora algunos ejemplos de la actuación negativa de la mujer una vez que las hemos señalado o calificado -también despectivamente- con alguno de estos tres atributos: *descuidada, egoísta o celestinesca*. Seguimos trabajando en la línea de la consideración del personaje romancístico mujer como figura esencial en el mundo del romance. Su presencia -como ya recogíamos en la primera parte de este estudio de la mala madre-, es destacadísima tanto desde el punto de vista externo, es decir, desde la perspectiva de la transmisión oral de la mayoría de los relatos, como desde el punto de vista interno, entendiéndose aquí lo que concierne a la inspiración de los relatos y al protagonismo singular de la mujer en ellos.

ETOPEYA NEGATIVA: GENERALIDADES

Como análisis y estudio literario del comportamiento femenino observamos también que, en cierto modo, la puesta en escena del concepto mujer (observado ahora en el mundo de la oralidad) no dista mucho del enfoque o del perfil que de

ella ofrece la letra escrita, básicamente también interesada en mostrar la naturaleza antitética y maniquea de la mujer y por ello deseosa de plasmar tanto lindezas como diatribas sobre ellas. Y es nuevamente sobre una vertiente del modelo negativo de madre sobre la que vamos en este nuevo artículo a indagar, tomando igualmente como soporte el corpus romancístico herreño, siguiendo la línea ya planteada en la primera entrega analítica sobre el personaje femenino de la mala madre (*El personaje romancístico de la mala madre en el repertorio herreño, I Modelos de malas madres asesinas y rivales*).

Frente a la consideración del victimismo de la mujer como un lugar común en el planteamiento del personaje femenino, nos referiremos únicamente en este artículo a la que hemos denominado mujer "verdugo", continuando y cerrando así la serie de modelos negativos de actuación femenina en lo que a la situación del personaje "madre" se refiere iniciada con nuestro artículo anterior ya mencionado. Obtendremos de esta manera una visión lo suficientemente amplia como para ver, a través de los relatos, cómo se proyecta la percepción y consideración de la esencia femenina, pero particularmente, cómo se manifiestan algunas de las posturas, actitudes,

yerros y, por ende, tópicos más frecuentes de la naturaleza literaria femenina.

Los romances sobre los que se ha investigado constituyen un conjunto de textos tradicionales o tradicionalizados (fundamentalmente de vinculación novelesca), de romances sacros o rezados y de textos modernos (de pliego o cordel y de tema local). Prácticamente en todos ellos se observa una tendencia y una preocupación mayoritarias por acercarse al asunto individual, al ámbito de lo personal, y en este sentido lo *personal femenino* suscita un interés especial, ocupando la mujer en los relatos un lugar destacadísimo y reivindicando -como decíamos en líneas precedentes-, la preeminencia de lo femenino en el mundo de las tradiciones orales.

Se trata, como presentábamos en la primera entrega de este estudio, de un análisis sobre un Corpus romancístico restringido: el repertorio de la Isla del Hierro, recogido por D. Maximiano Trapero y publicado bajo el título *Romancero de la isla del Hierro* en el año 1985. No obstante, son apreciables -por el carácter tópico antes descrito- relaciones concomitantes con el resto del repertorio regional canario, y aún con el corpus romancístico panhispánico, pues en aquél hallaremos muchos de los temas -y soluciones

romancísticas- ya destacados en numerosos corpora consultados (p.ej. algunos modelos ya analizados respecto a la mala madre asesina y rival tales como *Blancaflor y Filomena, La Infanticida, El Conde Niño, Delgadina*): y los nuevos modelos que a continuación desarrollaremos también de tono negativo. Por otra parte, recordemos -como ya habíamos advertido en el primer artículo dedicado a la mala madre-, la ausencia significativa de algunos prototipos de malas madres, como por ejemplo, la actuación de las insensibles suegras -tan frecuentes en otros romanceros- o las nefastas madrastras. Con todo, el romancero herreño tiene sus especificidades a nivel de temas, que ya iremos desgranando al analizar los ejemplos concretos, pues de los rasgos generales ya hemos hablado en la introducción de la primera parte de este estudio.

ETOPEYA NEGATIVA DE LA MUJER: NUEVOS MODELOS HERREÑOS

En la línea ya indicada de mostrar la denostación sobre lo femenino el Romancero presenta gran variedad al acercarse al que hemos denominado ejemplo de mala madre en sus vertientes de mujer descuidada, egoísta o celestinesca si bien algo alejados ya de los modelos descritos en la primera

parte, también desnaturalizados, pero en los que, por ejemplo, el rasgo de maldad era más acusado. En efecto, recordemos allí cómo calificábamos a aquellas madres de ejemplos de mujeres perversas o *malvadas*¹. Ahora nos encontramos con otro grado -algo menor- de actuación negativa y censurable. Sigue dominando, no obstante, la actuación insana y muchas veces desproporcionada si bien frente a la manifestación brutal y tremendamente dañina de los modelos de madres asesinas y rivales, ahora nos enfrentaremos a mujeres cuya actuación, siendo igualmente nefasta, tiene un tono más marginal e indirecto. Resulta, con todo, curioso el predominio de la mala madre, en general, frente a la actuación bondadosa que tópicamente concierne a este estado femenino. En este sentido recordamos la cita de Pérez de Tudela ya mencionada en la primera parte.

Es justamente en esta línea en la que se sitúan los modelos herreños de madres descuidadas que abandonan a su prole, de madres egoístas poco preocupadas por su descendencia o de madres que actúan como auténticas alcahuetas (madres celestinescas).

Mayoritariamente hablamos de mujeres normalmente adultas, casadas en primeras nupcias y que, en conjunto,

1. AClase de mujer también considerada por Ruth H. Webber, 1989: 61 en su estudio sobre el personaje femenino.

actúan atendiendo si no a los viles instintos que atenazaban a las asesinas y rivales, sí sometidas ahora fundamentalmente a actitudes poco afectivas y naturales respecto a sus hijos aunque también están presentes las manifestaciones debidas a papeles asignados arbitrariamente.

Los rasgos generales que les podemos atribuir no son exclusivos del corpus herreño y pueden ser considerados como prototípicos de la actuación negativa de la mujer en los textos. Seguimos en estos rasgos generales algunas distinciones del estudio de Suárez (2003, 28-29):

- a. Normalmente mujer adulta.
- b. Dominio de la mujeres Ade su casa@ populares, sin mayores expectativas (ni personales ni sociales, de baja o media extracción social). También podemos encontrar mujeres de clase social elevada.
- c. Tono receloso, actitud resentida (sin causas específicas que lo determinen).
- d. Casada y madre, normalmente primeriza.
- e. Madres con hijas adolescentes, en "edad de merecer".
- f. Manifestación de una conducta siempre indeseable y de dudosa ética.

g. Madres convertidas en verdaderos obstáculos de la relación sentimental deseada por las hijas.

Este último aspecto (g) es harto significativo pues la actuación mayoritaria del personaje de la madre se centra en su frecuente interferencia en el proceso amoroso planteado en el relato. Es esta una característica extensible al romancero en su conjunto: el dictado de la familia es pues poderosísimo en el mundo del romancero y qué duda cabe que la madre ocupará un sitio privilegiado en la peripecia sentimental de las hijas meritorias. Teniendo en cuenta, además, la costumbre del género de situar al amor como uno de los ejes sobre el que se vertebra la mayoría de los relatos, hemos de concluir, pues, en el hecho de que la madre tiene ocasiones frecuentes de ocupar un espacio en la escena romancística y, particularmente, un espacio perturbador en la vida sentimental de las jóvenes del romancero.

Sería interesante (y necesario) hacer una aclaración previa: la etopeya (independientemente de su tono negativo - que es el que nos interesa-, o positivo) se reviste, normalmente, de un carácter excepcional en el mundo del romancero. Con excepcional queremos decir, que no es del interés -ni forma parte del "estilo" de la oralidad- detallar

pormenorizadamente la complejidad del personaje de la trama. Basta con señalar o destacar aquel gesto, actitud o, generalmente, aquel desacierto (en el caso de la etopeya negativa) que ya nos advierte precisamente de la naturaleza del personaje al mostrársenos ese dato realmente escueto (el "reflejo breve" o "confuso" que menciona Suárez, 2003, 87). Por el contrario la prosopografía, aunque fundamentalmente convencional -como ya destacábamos en la primera parte- y mayoritariamente selectiva, sí nos proporciona una información más detallada o mejor, mayor juego descriptivo que, sin duda, iguala la oralidad y la letra culta en ese deseo de indagar con más profusión en lo externo femenino.

Así, los textos mostrarán, centrándonos ya en los modelos de etopeya negativa objeto de nuestro estudio, una serie de calificativos peyorativos o despectivos, de giros desfavorables, de verbos volitivos que nos advierten en conjunto de que estamos -según los ejemplos y las variantes-, ante los modelos de mujer más desfavorables del repertorio romancístico.

Analícemos a continuación algunos ejemplos de esta tipología de la mala madre en sus manifestaciones ya presentadas de descuidada, egoísta y celestinesca.

a) La madre descuidada

Hallamos en el corpus herreño un apartado quizá algo híbrido en el que consideramos a la **madre descuidada**. Y la calificamos así por cuanto desatiende aspectos esenciales de su progenie como la seguridad o la felicidad de la misma. Un romance que podría ilustrar esta carencia del personaje materno es el relato de *La infantina*. En él hallamos a una mala madre (normalmente sólo mentada) que, al parecer, descuida y abandona a su hija en el bosque. Se recogen en el corpus herreño varias versiones de este relato, todas contaminadas, si bien sólo en algunas de ellas se manifiesta la queja de la hija por la acción indebida de los padres para con ella:

Así, según las versiones nos encontramos con:

-Yo fui nacida en España, criada en la Berbería,
12 que me soltaron mis padres por ver quién me
encontraría.

(RH, 25 con el desenlace de *La hermana cautiva*
(í.a)

o bien, con el empleo de otro verbo:

8 -No me mate, buen galán no me mate por mi vida,
 que mis padres *me han botado* por ver cual me
encontraría,

(RH, 2 del Apéndice, con el desenlace de *La hermana
cautiva* (í.a))

Sin duda el hacer explícitos los años que lleva perdida la muchacha sitúa aún más como culpable a la madre de la protagonista, tal y como se advierte cuando se constatan los tópicos siete años, cifra sin duda mítica en el mundo del romancero². Igualmente la mención del monte como paraje inhóspito y lleno de peligros -y que escasamente proporciona alimentos a la protagonista-subraya la situación patética de la misma (sin entrar en el detalle de las connotaciones del encuentro de la pareja en un lugar aislado, ni de la montaña como escenario a veces del amor frustrado -Frenk, 1998:176-):

Tendió el galán su espada por ver si era cosa viva

8 -No me mates, caballero, no mate lo que Dios cría,

² Recuérdense otras fórmulas al uso también en número de siete: *siete doctores, siete leguas...*

*siete años que van par´ ocho que en el monte estoy
perdida*

10 comiendo la hierba mora y tomando el agua fría;

(RH, 23 con el desenlace de *La hermana cautiva*

(í.a)

b) La madre egoísta

Ilustramos este modo de ser mala madre con la actuación materna en el relato denominado *La vuelta del marido*, traído aquí como ejemplo de **madre egoísta** que orienta el destino de sus hijas sin preguntarles por sus inquietudes. Así al ser interrogada por su propio esposo (que juega a ocultar su identidad tras años de ausencia) la esposa (sometida sin duda a una prueba de fidelidad) manifiesta su voluntad de encaminar a sus hijas mayores a diferentes casas (para que sirvan en ellas como criadas) y el deseo de guardarse la más pequeña consigo para su atención personal. De este modo, antepone su bienestar al de sus hijas pues ignora los deseos e inquietudes de las mismas:

De tres hijitas que tengo a las dos colocaré:

14 una a casa' doña Juana y otra a casa' doña Inés,
y a la más chiquita dellas conmigo la dejaré
16 pa que me lave y me planche y me haga de comer
(RH, 68 (é))

En alguna versión incluso se expresa la intención de conservar las hijas con la madre, igualmente independientemente de la expresión de la voluntad de aquéllas:

12 y dejó en su testamento que me case con usted;
-Eso sí que no hago, eso sí que no lo haré;
14 tres hijas conmigo tuvo, conmigo las llevaré;
siete años cargaré de luto como lo marca la ley,
(RH, 69 (é))

C) La madre celestinesca

El tercer y último modelo que queremos destacar de caracterización negativa de la madre es el del acercamiento al modelo de **madre celestinesca**: se trata ahora de un modelo

de auténtica "alcahueta" que "propone" unas veces una relación sentimental no deseada por su hija (de modo inminente), o bien otras "conserva" a su hija para una futura relación que le reporte un sustancioso beneficio económico, negando por tanto una relación que muchas veces se presenta como inevitable. Así lo vemos en el relato *Joven liberada por su enamorado* en el que asistimos a una especie de negociación en secreto sobre el futuro de la hija, por parte de la madre y del padre. A la madre no le interesa el galán que pretende a su hija y por ello la excusa de una relación, primero, argumentando (o mejor, pretextando) su juventud y, segundo, manifiesta su deseo (ejerciendo el tópico "derecho de custodia) de encerrarla (meter monja), motivo habitual en el Romancero. Ante la negativa de su hija decreta el encierro -castigo- de la misma ante su desobediencia, hecho que acrecienta aún más si cabe la caracterización desfavorable de la madre:

-Lo primero que es muy niña, lo segundo que la tengo
10 que la tengo meter monja en el nuevo monasterio,
y el que se case con tu hija doña Isabel de Berbello
12 de dar ciento mil doblas
y yo doblando la cuenta y si no es así no quiero.-

14 La hija, que esto escuchaba, salió resuelta al momento:

-Ni me tengo meter monja ni menos en monasterio,
16 me he de casar con él que le tengo el amor puesto.-
Como la vio tan resuelta la trancó en un aposento.

(RH, 110 (é.o))

Otro ejemplo lo hallamos en el romance de *Santa Catalina* en el que también se produce, hasta cierto punto, una manifestación de madre celestinesca al pretender negociar el futuro sentimental de la hija censurando la actitud de ésta para con su padre:

-*Ingrata, ¿por qué no hiciste lo que tu padre mandaba?*

4 -No pienso de obedecerle por más que me corte el alma.

(RH, 93 (á.a))

Sin duda el apelativo *ingrata* -de gran raigambre folklórica- perfila adecuadamente la voz de la madre que no

aprueba la negativa de su hija y que por tanto no acepta que ésta le desobedezca ante su proposición deshonesta. No obstante, podría entenderse este hecho de forzar la decisión sentimental de la hija como otra forma de ejercer sobre la misma el "derecho" de la custodia que, al fin y al cabo, no es más que otra forma real (aunque extrema) de poner en práctica la decisión unilateral sobre la actitud sentimental de los hijos, aspecto éste tan presente en el romancero en su conjunto.

Como vemos, el repertorio herreño ofrece un recorrido plural por diferentes actuaciones negativas o poco favorables de la figura materna. Y curiosamente en todas ellas subyace un elemento común: sea asesina, sea rival, sea descuidada, egoísta o celestinesca la causa o el trasfondo amoroso está mayoritariamente presente en todas estas actitudes desnaturalizadas. Así, la madre se constituye en un verdadero obstáculo para el adecuado desenvolvimiento de la relación amorosa de su hija (y hasta de la suya misma): rivaliza en amores con ella, siente celos (*El conde niño*) y hasta ve en peligro su propio matrimonio (*Delgadina*); en otras ocasiones es capaz de matar a su descendencia para vengar la infidelidad marital (*Blancaflor y Filomena*) o para castigar

el descubrimiento de su propio adulterio (*La infanticida*); no protege adecuadamente y probablemente no forma ni orienta en amores a su descendencia (*La infantina y el caballero burlado*); no pregunta por el deseo de sus propias hijas (*La vuelta del marido*)y, en otras ocasiones, se adelanta a la decisión sentimental de las mismas (*Joven liberada por su enamorado*) o pretende forzar contra natura su relación (*Santa Catalina*).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

FRENK, Margit: 1998. "Símbolos naturales en las viejas canciones populares hispánicas", en Piñero, Pedro M. (ed.) 1998, págs. 159-182.

HOUSE WEBBER ,Ruth: 1989. "Hacia un análisis de los personajes romancísticos", en Piñero, Pedro M y Virtudes Atero (eds.), 1989, págs 57-64.

PÉREZ DE TUDELA y M^a Isabel Velasco: 1986. "El tratamiento de la mujer en las *Cantigas de Santa María*", en

La condición de la mujer en la Edad Media. Actas del Coloquio Hispano-Francés (1984, Madrid). Madrid: Casa de Velázquez-Universidad Complutense, págs 51-73.

SUÁREZ ROBAINA, Juana Rosa: 2003. *El personaje mujer en el Romancero Tradicional: Imagen, amor y ubicación*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria.

TRAPERO, Maximiano: 1985. *Romancero de la isla del Hierro*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal. Cabildo Insular de El Hierro.

